

ESTAMPA Y VALORACION

BALDOMERO SANIN CANO

Escribe: CARLOS MARTIN

El rostro ancho, enérgico y viril de Baldomero Sanín Cano, daba la impresión de hallarse esculpido en piedra viva; airado el mentón, apretados los labios en actitud afirmativa, alta y despejada la frente sobre la maraña de las cejas plateadas que sombreaban la mirada incisiva y penetrante; con algo de nórdico, algo de vasco y algo de sajón, iluminado por la luz del trópico, presentaba una noble estampa de hombre erguido espiritual y corporalmente. Sus ojos siempre brillaron con la lumbre de los años juveniles. Desde temprana edad representó, en el panorama cultural del continente, un auténtico valor de honesto sentir y de alto meditar.

Rodin hubiera encontrado uno de sus motivos predilectos en la adusta silueta de este personaje cosmopolita surgido de las breñas de la montaña colombiana; de este ciudadano de América que cambió la sombra de los árboles de Antioquia por la de los mástiles de los trasatlánticos; de este viejo Odiseo que sin olvidar el habla sencilla, castiza y pintoresca con que se expresan, en aldeas y en veredas, las gentes de su rincón nativo, desentrañó recónditos mensajes de diversas culturas a través de los propios idiomas de ultramar.

Todo en él, según el transcurso del tiempo, fue renovación de sus capacidades de escritor y adquisición de fundamentos y principios de nuevas corrientes de la cultura occidental. Su actitud fue la del viajero que solo se detuvo en cada primavera del pensamiento universal el tiempo justo para arrancar el racimo que empezara a dar muestras de su madura plenitud. Jamás se marchitó en él la fácil aptitud para el aprendizaje y la continua iniciación al contacto con los hombres y los libros. Hasta los últimos días de su existencia compitieron su lucidez mental y su férrea contextura física. En todo momento fue un hombre de su tiempo, con la responsabilidad inherente a su misión de escritor público, a su magisterio como guía de la cultura nacional y como defensor de la libertad y de los derechos del ciudadano, situado altivamente en el campo de la democracia y del liberalismo filosófico. Fue, ante todo, un suscitador ejemplar de la cultura, sin otra unidad que le diera coherencia orgánica a cada una de las obras de su vasta producción, que la emanada de su pujante y bien

estructurada personalidad. Se situó como decano de los periodistas americanos en virtud de la difusión de su múltiple y sereno pensamiento, levantado sobre juicios propios, después de haberse nutrido sustancialmente de conocimientos universales para hacer del mundo algo cercano y familiar en sus variados sucesos y en sus representaciones abstractas.

Representó, hasta en sus últimos momentos, la síntesis profunda y limpia de la conciencia intelectual de la patria, pues detrás de la luz de su inteligencia, encontrábase el varón pulcro, de corazón ardiente y puro, adornado por claras virtudes y por innumerables conocimientos y experiencias. Su fidelidad a la vocación de letrado y su voluntad de superación constituyen un caso singular en nuestro medio en donde son tan frecuentes los desfallecimientos y las veleidades con detrimento de la actividad vocacional y sincera.

Discreto y maduro desde sus primigenias experiencias, colocóse en rango eminente, lo cual explica el hecho de que, durante su existencia, fuera permanentemente circundado por la adhesión de varias generaciones y de que gozara, en todo el continente, de un prestigio, no por cordial, menos amplio o menos firme. Lo cual se debe, en parte, a los rasgos más notorios de su personalidad, revelados aun en las postreras manifestaciones salidas de su pluma, como son su juventud de espíritu y su movilidad mental que se prolongaron más allá de los noventa años con el mismo vigor y la misma graciosa y diáfana expresión de los treinta, cuando fueron acatadas sus palabras de maestro por José Asunción Silva y por Guillermo Valencia. No en vano daba la impresión de hallarse siempre listo para emprender un nuevo viaje con el deseo de peregrinar por todos los caminos del mundo. Y cuando su anhelo se cumplía y regresaba a su patria de América, a su casa de Colombia, su costumbre portuaria lo obligaba a dejar abiertas las ventanas para recibir los más heterogéneos mensajes de la humanidad. De ahí su simultaneidad y su vivacidad que lo señalan como un temperamento de excepción que realiza en el trópico "la diversidad climática de todas las temperaturas".

En un ambiente hostil, oscurecido por las frecuentes guerras civiles de la segunda mitad del siglo pasado, inició su carrera literaria. Sus pasos iniciales fueron en extremo penosos. Hasta los veinte años permaneció en la histórica población de Rionegro. Luego, habiendo conquistado el grado de maestro, pasó al pueblo de Titiribí donde se dedicó a la enseñanza como maestro normalista. En uno y otro sitio consagró las horas libres que le dejaban sus labores docentes, al aprendizaje de diversos idiomas, así como al de las matemáticas y al de la paleontología. Poco después pasó a Medellín en donde permaneció cuatro años en la dirección de una escuela primaria. Durante esta primera época de su juventud, en que alternaron los estudios con las penalidades de la guerra y la dura brega por la vida, leyó infatigablemente. Cuando salió de los distantes riscos antioqueños, para hacer su aparición en el proscenio literario de la capital de la República, hacia 1888, el ambiente nacional señalaba un alto índice de madurez y de esplendor; es cierto que nuestra cultura daba muestras de su hermetismo y de su peculiar insularidad, celosa de los vientos de fuera, pero con sólidas bases de conocimientos clásicos. Empezaba el reinado de la generación de gramáticos y de humanistas incipientes, con hondas raíces

en la tradición de la península, con el afán de mantener, con el auge de sus mejores tiempos, las formas castizas del idioma. Sin embargo, en los capitanes de aquellas promociones, ya se advertían inquietudes de las nuevas corrientes de la cultura de Occidente. Rafael Pombo, Martínez Silva, Sergio Arboleda, Santiago Pérez, Miguel Antonio Caro, mantenían abiertos los horizontes de la inquietud espiritual. Las sombras de Taine y de Renán estimulaban la afición a los estudios profundos y al cultivo de la expresión densa, insinuante, sobriamente poética y cruzada de gracia interna y de sutiles sugerencias.

En política todavía dominaba el influjo del jacobinismo francés de 1884. Los principios del pensamiento idealista se veían cruzados por fuertes corrientes del agnosticismo que tan patentes huellas habría de dejar en la obra del maestro. No es extraño que dentro de ese medio hermético y tradicionalista, causara sorpresa la presencia inquieta y múltiple de Sanín Cano, quien desde entonces se reveló como un ávido explorador del pensamiento europeo, como un audaz conquistador de inéditos tesoros de la cultura occidental. Por intermedio de sus páginas, discretas, serenas y bien equilibradas de concepto y de expresión, el país tomó contacto con autores casi desconocidos en aquel entonces como Dostoiewsky, Nietzsche, D'Annunzio, Gran Allen, Rusquien, Brandes, Peter Altenberg, Carducci, Ibsen. Su inclinación a la filosofía relativista lo llevó naturalmente, en ventajosa disposición de ánimo, al ejercicio de la crítica, y su organización mental, respaldada por la seguridad en el dominio de los conceptos, encontró en el ensayo el cauce por donde fluye el estilo, sencillo y transparente, ceñido exactamente al cuerpo de la idea. Su estilo, desde aquellos lejanos días, significa una fundamentada reacción contra la prosa finisecular, altisonante y adornada, y contra el auge barroco de este medio siglo hispanoamericano.

La sencillez y la claridad de sus páginas nos dan la sensación de una lección diáfana y fecunda. Solo se escribe en esa forma sobre los temas que se dominan con sencillez y claridad. Su palabra no sobresale ni brilla con exceso porque en ella se refleja la proverbial sabiduría con que se expresan los viejos campesinos colombianos, ajenos a toda preocupación ornamental, pero no carentes de la raíz surgida de lo más hondo y castizo del idioma. Así la prosa concreta y lúcida del maestro, velada apenas por la niebla de humor, nos da la fórmula del sereno equilibrio y de la meridiana y latina transparencia, que caracterizan su vasta producción. El suyo es un estilo que invita a la intimidad y al diálogo sobre temas concretos en contraste con la expresión de los grandes escritores, contemporáneos suyos, de este continente, excesivamente preocupados por el atildamiento y por la perfección formal de su discurso, como Miguel Antonio Caro, José Enrique Rodó, Juan Montalvo o Marco Fidel Suárez.

En el crepúsculo del siglo XIX, cuando las ideas francesas empezaban a dar paso a los influjos de Inglaterra, de los Estados Unidos, de Rusia y, en general, de otros países donde adquirían contornos las estructuras que habrían de dar cuerpo al pensamiento y al arte de nuestro siglo, cobró entonación personalísima la voz de Sanín Cano. Fue una voz propia desde entonces, nacida fuera de los cauces acostumbrados en nuestro medio, al contacto directo con los grandes escritores europeos, gracias a su dominio

de numerosas lenguas y a su capacidad innata de buzo de la inteligencia, lo cual facilitó la oportuna divulgación de autores y de ideas desconocidas en el panorama de nuestra cultura. En tal divulgación consistió principalmente su fecunda labor durante tantos años, para lo cual se hallaba especialmente capacitado por su natural disposición de ánimo y su orientación de partidario de la filosofía relativista, apta para el sereno análisis y para que el espíritu pueda permanecer abierto a toda comprensión. Capacidad de libertad que no debe interpretarse como carencia de criterio firme, ni de concreta convicción metafísica. Pero su ubicación de racionalista puro lo distanció de toda actividad jacobinista y de todo gesto dogmático.

En consecuencia, en su examen cotidiano y profundo de las almas y de las ideas, se revela como un fino disertador cuya capacidad de penetración le permite la comprensión del conjunto, el examen panorámico de los problemas y del planteamiento de las tesis de filiación universal. Es oportuno, por tanto, que se considere al maestro como a un legítimo intérprete de la civilización actual y que, además, habiendo sido el decano de los ensayistas americanos, forzosamente deba ser considerado, según el deseo de Francisco Romero, como maestro en universalismo si tenemos en cuenta que la universalidad es una de las vocaciones de nuestra América y que la obra del insigne compatriota revela e interpreta las mejores calidades y características de nuestro continente.